



celso castro entre culebras y extraños

entre culebras y extraños

celso
castro

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1321

© Celso Castro, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-233-4012-8

Depósito legal: B. 2.677-2015

Impreso por Unigraf

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

mi padre se quedó sin aliento durante la cena, creímos que se había atragantado y nos levantamos a darle manotazos en la espalda, mi madre, yo no me atrevía. entonces se desplomó, la cara en el plato, verde de brécol. y a partir de esa noche la muerte se instaló en mi casa, lo digo así porque es lo que sentí, que vivía con nosotros y se había acomodado solemnemente en el sillón de mi padre, y le curioseaba los libros de su biblioteca, casi todos de autores rusos, le gustaban los rusos, no sé por qué, manías. y esa fue la primera vez que se me apareció la luna, que vino a consolarme. yo estaba en mi habitación esperando una llamada de mi madre, que se había ido en la ambulancia para certificar y tramitar y que alguien se hiciera cargo del cadáver y se lo llevase, y se lo quitasen de encima. y me senté en la cama a mirar la moqueta y a pensar en la inmediatez de la muerte, y que cualquier día llegaría mi turno, porque ya era el segundo aviso, que a mi tío, el hermano de mi padre, le había sucedido lo mismo un par de años antes en la hípica. le encantaban los caballos, los saltos de obstáculos, y se murió con el boleto de su apuesta en la mano

—por lo menos se murió distraído... y no de una enfermedad... sufriendo, y con dolores... ojalá los demás fuésemos tan afortunados...— es la reflexión que hacía mi padre cuando se acordaba de su hermano, o cuando surgía el tema en una conversación, sin sospechar que esa era la muerte que le aguardaba, y la que indudablemente me aguardaba a mí, la que todavía me aguarda, un ataque súbito. y seguro que pondré una cara igual de absurda, de ridícula, y esos ojos que parecen buscarse muy adentro, y muy lejos, reencontrarse en algún lugar, donde sea, tan desesperados, y tan inútiles... lo que he descartado es el brécol, aunque mi madre siga insistiendo y que es anticancerígeno —es anticancerígeno, anticancerígeno, anticancerígeno...— ya me explicarás de qué me va a servir con esta anomalía congénita, este corazón defectuoso. y estoy absolutamente convencido de que mi padre también lo hubiese descartado, porque odiaba las verduras —la alfalfa— lo llamaba, y hubiese descartado el brécol, y más sabiendo que se trataba de su última cena, en fin... me senté en la cama, y estaba sentado y de repente la moqueta se iluminó, en serio, un resplandor muy intenso, y al principio creí que era una sensación óptica ¿no sabes? de llorar y restregarme los ojos, un fosfeno o algo similar, una persistencia retiniana. y miré y era la luna, que se había agrandado a propósito y ocupaba todo el ventanal con su presencia serena, cristalina, y parafraseando al filósofo —limpia de humanidad— y estaba ahí para consolarme y protegerme del frío de la noche, y del silencio y la oscuridad y los malos pensamientos, que es lo peor. y la estuve observando de cerca ¿no? las

manchas lunares y eso, y me recordaron las secuelas de la varicela, esas marcas o cicatrices que tenía sofía sobre la ceja, y al lado de la nariz, y otra en la comisura de los labios, como un cráter pequeño. y estaba precisamente con esa imagen en la cabeza, y llamaron a la puerta y era sofía, que venía con su madre, y me abrazaron llorando —qué desgracia...— o —qué tragedia...— me dijo la madre de sofía, irene, que en aquel momento y para mi ingenuidad sólo era empleada de mi padre y amiga íntima de la familia —aún no puedo creerme que...— y sofía —lo siento...— lo dijo con una voz que me entraron ganas de seguir abrazándola y llorar otra vez, llorar juntos. y nos fuimos a la funeraria, bueno, primero estuvimos en mi habitación besándonos, mientras irene preparaba café, y yo me comporté de la forma más áspera y mezquina que pude, y la empujé, la aparté de mí —no me gusta besarte con los labios así... todos agrietados... ya te dije que usaras un protector labial... ¿no te lo dije?

—sí...

—joder, pues cómpralo... —luego me confesó, o me aclaró unas semanas después, cuando se le pasó el enfado, que no me había dado una hostia por respeto a mi padre, porque se acababa de morir, que si no

y era capaz, porque estábamos acostumbrados a pelearnos desde pequeños, que a los seis o siete años nos iniciamos en la lucha grecorromana, y aún no habíamos cumplido los ocho y ya rodábamos desnudos por la moqueta de mi habitación. más tarde al-

ternábamos épocas de desenfreno con otras de pureza, instantes de piadoso recogimiento, cuando ella sobrellevaba —su castigo menstrual— o yo leía a schopenhauer y las maldades que escribía acerca de las mujeres y del amor, de ese —breve placer— y ese —prolongado sufrimiento— o cuando asistí en el colegio a la proyección del evangelio según mateo de pasolini, ocurrió en semana santa, y me afectó tanto, y tan profundamente, que le prohibí a sofía que me diese más besos, ni siquiera le permitía tocarme, y estuvimos así, con el —*noli me tangere*— hasta bien entrado el verano. que una tarde oí unos golpecitos en el cristal de la ventana y era sofía y me dijo que le tirase la cuerda, que teníamos una cuerda con nudos para que trepase a mi habitación sin que la vieran, y me preguntó si me apetecía ir a nadar un rato, que ella ya se había puesto el bañador, y me lo enseñó y en quince o veinte minutos, no duró más, finalizaba aquel riguroso período de ardiente y fructífera castidad. bueno, lo de fructífera no sé a qué viene, supongo que a completar la frase y eufonizarla, y... finalizó mi castidad y claro, se lo reproché, que me remordía la conciencia y sentía esa tristeza poscoital, ese —fraude de la naturaleza— y se lo dije. y sofía me escuchó en silencio y sin mirarme, con la cabeza baja, y ya vi que respiraba muy fuerte y apenas podía contener la indignación, de lo roja que estaba. y terminadas mis quejas, nos quedamos callados, ella respirando mucho. y entonces levantó la cabeza, me miró y —¿sabes qué te digo?... que te vayas a la mierda, y que eres un auténtico hijo de puta...— y se fue hacia la ventana, la abrió, cogió la

cuerda, y antes de descolgarse —y con esta cuerditita puedes hacerte un lazo, o echarla a la basura, o los dos... porque no la vas a necesitar nunca más

toda esta acritud provenía de mi padre y de la altanería o displicencia o... desprecio con que trataba a todo el mundo, a sus empleados, a mi madre, a mi hermana y a mí. especialmente a mí, porque había nacido medio enfermo y expoliaba una parte considerable de esas atenciones y ternuras que hacen soportable la vida doméstica. y cada vez que mi madre le informaba de mis bronquitis, vómitos y fiebres, de si había bajado o subido unas décimas, mi padre respingaba y se revolvía en su sillón como una fiera confinada en jaula estrecha, dando a entender que ni había solicitado esa información, ni le interesaban —los pormenores de mi delicadeza—, de mi —constitución clorótica— y de sus constantes afecciones. eso de la —constitución clorótica— no es broma, que se lo gritó a mi madre delante de mí en las vacaciones de navidad. me habían diagnosticado pleuresía, y al marcharse el médico, subió muy alterado a mi habitación, y vio los besos y las caricias y mimos de mi madre, y que me susurraba al oído, me estaba preguntando qué quería de regalo, y entra mi padre y empieza —qué ¿otra vez enfermo?— y a gritar que la culpa era de mi madre, que con su actitud favorecía esa —constitución clorótica— y acabaría por convertirme en un inválido. la solución, lo que me hacía falta era levantarme todos los días a las siete de la mañana —como hago yo... y trabajar, ya verías qué rápido se curaba...— y... lo que te contaba, nos fuimos

a la funeraria, y mi madre estaba con enrique, el encargado de la imprenta, el lugarteniente de mi padre, estaban de pie, enfrentados a la muerte, observando al difunto a través del cristal y moviendo la cabeza. irene corrió a abrazar a mi madre y se pusieron a llorar, miraban el cadáver y lloraban, y enrique se retiró respetuosamente, para no molestar, y vino a saludarme al sofá, a... que sofía y yo nos habíamos sentado en el sofá, aunque ella se fue al momento a llorar con las mujeres. y vino enrique a saludarme y a expresarme su no tan sincera condolencia y qué pérdida significaba mi padre y que todos los empleados estaban dispuestos a —multiplicar esfuerzos— y a hacer —lo humanamente posible y más— para sacar adelante la imprenta y no sé cuántas bobadas de esas insufribles y que me revientan. y yo —gracias, gracias...— se lo agradecí educadamente y, hala, que me dejase en paz. entonces mi madre se acercó orgullosísima, porque creyó que había estado hablando de negocios o algo así. y se acercó a besarme y a preguntarme si estaba bien —¿estás bien, sí?— y me besaba, me sonreía entre lágrimas con esa mezcla de entereza y aceptación resignada —¿no vas a ver a tu padre?— y yo me negué —no, prefiero recordarlo...— y no dije más, que lo único que recordaba eran sus exigencias y sus malos modos y los gruñidos y rēspices y... ahora que lo pienso, ya sé por qué le gustaban tanto los rusos, porque se identificaba con todos esos terratenientes y sus siervos de gleba y su sentimentalismo patriarcal. otro tolstói tarambana, otro pensador flácido

cuando llegó mi hermana, una hora más tarde, nos encontró riéndonos, que mi madre se había puesto a contar lo de los petardos que le metimos en los cigarrillos a mi padre, y el susto que se llevó con el estallido —pobre, hasta saltó el taras bulba por los aires ¿verdad?— no era taras bulba, era el don apacible, pero a mi madre le hacía gracia ese título, y le llamaba taras bulba a todos los libros de la biblioteca y a mi padre por extensión, y porque la hacía llorar —y se rompió ¿no? tuvisteis que llevarlo a encuadernar...

—sí, y...— lo que no contó mi madre fue el castigo posterior, que nos castigó a mi hermana y a mí un mes entero, iba improvisando los castigos, sin paga, sin salir, lo que más nos fastidiase, y... bueno, estábamos con las risas. en realidad, nos reíamos para sacudirnos el aburrimiento, que no hay nada más tedioso que velar un cadáver, ni más injusto que estar ahí sin saber qué hacer, obligado. y llegó mi hermana, que estaba estudiando psicología en la universidad, aunque creo que a ella nadie se lo había advertido y lo ignoraba por completo, y llegó y otra vez a llorar. yo estuve a punto, que siempre lloro por contagio, por empatía, si no, no me sale, y vi a mi hermana tan desconsolada, tan... si no lloré fue porque estaba demasiado cansado, y porque salí al pasillo. después intentamos convencer a mi madre para que se viniese a casa, a dormir, que era una tontería quedarse allí, que ahora nadie se quedaba, cerraban con llave y... no hubo manera, que era muy obstinada, y sigue siéndolo y no atiende a razones —además, no voy a dormir...— y mi hermana —por lo menos descansas...

—no, me echo aquí, en el sofá...

—bueno, pues yo también me quedo...

—no, tú vete a casa, anda, con tu hermano...— y dice irene —sí, ya me quedo yo con vuestra madre... ¿lleváis a sofía?

y llevamos a sofía en el coche de mi hermana, de vera, que me olvidé de decirte el nombre, y estuvo muy cariñosa, no me soltó la mano en todo el trayecto, sólo cuando cambiaba de marcha. sofía iba en el asiento trasero, bastante enfurruñada, o ensimismada en su padre —para mí no existe, como si estuviese muerto...— que la había abandonado antes de nacer. y mi hermana —sofía, duermes en casa ¿no? en la nuestra...

—no, es igual...

—si queréis dormir juntos...— lo dijo para tantearnos, y para hacernos ver que ya había salido y escapado y dejado atrás esa atmósfera cerrada en que vivíamos, esa mentalidad callada y resentida que propiciaba mi padre. y en consecuencia, que era una mujer nueva, moderna, independiente, cosas de esas. y como ninguno de los dos respondía, que sofía esperaba mi respuesta y yo la suya, prosiguió —¿o prefieres dormir conmigo y que te cuente un cuento?... eh ¿te acuerdas?

—sí, claro que me acuerdo... me fascinaba la capacidad de invención que tenías, de improvisación... a medida que los ibas contando...— en cambio, a mí me fascinaba esa habilidad para ensalzar o despellajar de las mujeres, de amigarse en segundos, esa

—afinidad especular— de la que hablaba el filósofo y que no sé si hacía referencia al pensamiento o al espejo. en fin, sofía continuó con su fascinación un tanto mermada —aunque eran un poco tristes, una vez conseguiste hacerme llorar...

—sí... lo siento...

—no, si me encantaban, de verdad...

—ahora estoy escribiendo algunos... tengo tres... bueno, el tercero no está terminado... ¿queréis que os lea uno antes de dormir? pero sin criticar ¿eh? odio a los criticones... ¿has oído, hermanito?— a vera no le gustaba mi forma de ser, y a mí tampoco, y lo sabía, por eso siempre que discutíamos, zanjaba la cuestión exclamando —¡eres clavado a tu padre!— o si tenía el día ingenioso —¡lo tuyo es genético!— y yo le llamaba de todo, estúpida, imbécil, idiota, mema, y así hasta puta, porque no soportaba que me comparasen con mi padre, que me relacionasen con él, ni para bien ni para mal, y... llegamos a casa y me mandó a mi habitación, a ponerme el pijama, que ellas necesitaban intimidad. y nada, me puse el pijama, me cepillé los dientes, y para hacer algo de tiempo, leí al azar una máxima de schopenhauer —la superioridad intelectual conduce a la insociabilidad— y me senté en el alféizar de la ventana a meditar, a contemplar las ramas de los árboles que iluminaban las farolas —la superioridad intelectual...— mi padre estaba muerto, había pasado de un estado a otro en un par de minutos, del sólido al gaseoso, se había evanescido, y mi madre estaba con él mientras se evanecía completamente, y enrique se ocupaba de su evanescimiento. yo estaba con —la

superioridad intelectual...— con mi hermana vera, y con sofía, la de labios agrietados —sí...— pero no lloró, no lloraba nunca, excepto algún llanto compartido, de esos de cortesía. no lloraba ni cuando se hacía daño, por ejemplo, en nuestras peleas, que le brillaban mucho los ojos y se le asomaban las lágrimas, pero no lloraba. y si le preguntabas —¿te duele?— negaba con la cabeza y que no, porque era incapaz de admitirlo, de admitir cualquier debilidad. y claro, yo tampoco lo admitía, y si me lastimaba y veía inevitable el derramamiento de alguna lágrima, empezaba a chillar y a blasfemar y patear y decía que era de rabia, por no poder desahogarme. sin embargo, vera lloró, no ocultó sus sentimientos y que quería a mi padre a pesar de su frialdad y del desencanto que supuso engendrar una niña en lugar de un varón rampante, y tres años después la más terrible y absoluta decepción de engendrarme a mí, infectado y casi ciego y cubierto de una costra repugnante que tardó veinte interminables días en desprenderse, y finalmente allí estaba yo, otra vida en su inutilidad —quebrando la sagrada quietud del vacío— y eso, que vera lloró porque la muerte de mi padre también era la muerte de sus esperanzas, y es que todavía soñaba con sus abrazos y sus besos y caricias y palabras afectuosas. yo no —la superioridad intelectual conduce a la soledad, a la indiferencia...— y ya está, me fui a su habitación y llamé a la puerta —¿puedo pasar?— y mi hermana —¡adelante!— y entré y estaban metidas en la cama, mi hermana liaba un cigarrillo —¿quieres probar?... sofía va a probar...

—¿qué es?
—hachís... ¿quieres?
—no... no necesito aturdirme con... drogas...
—joder, sigues igual de rancio ¿eh?...
—no...
—sofía, te compadezco...
—no soy rancio, soy inteligente... tengo cosas que pensar...
—lo que quieras, pero... relájate un poco ¿vale?

encendió el cigarrillo con mucha ceremonia y se lo pasó a sofía, y sofía fumó y tosió y sonrió y volvió a fumar. y le dije —a ver, déjame probar...— y mi hermana —dios mío, las estructuras mentales se tambalean...

—para que veas que no me da ningún miedo...
—qué valiente...

—y que sé bajar a la plaza...— y fumé y no noté nada, sólo que me picaba en la garganta. y cuando acabamos mi hermana me dijo que me metiese en la cama —no vayas a enfriarte... no, mejor en el medio...— que ella necesitaba la luz de la mesilla para leer, y sacó el cuaderno de un bolso grande, de una mochila que tenía y —este es el segundo relato que escribí, creo que es el más apropiado... se titula el sacrificio del coronel rainer... le puse ese nombre por rilke, que es uno de mis poetas favoritos...— y yo me acomodé, cerré los ojos y acomodé la mano entre las piernas de sofía, unos segundos, que enseguida me cogió por la muñeca con dos deditos y me la retiró. y mi hermana —bueno, ahí va...— y empezó a contar

la historia más enrevesada que te puedas imaginar y que transcurría en alguna ciudad indeterminada de oriente, y había vestales y un recinto circular rodeado de columnas y capiteles y dioses solares y lunares, inscripciones y de todo, que nunca le gustó escatimar. y el coronel rainer no sé qué ley o precepto había infringido, y lo encadenaron a un poste en ese recinto circular y le clavaron una esfera de cristales punzantes en el torso y lo abandonaron mientras se desangraba ¿no? y entonces una niña que se llamaba yasmir o yamira o algo así, se acercó tímidamente al condenado y vio que de sus heridas manaba una sangre blanca y grumosa, como copos de avena. y se las limpió con hojas de menta, las heridas, y al amanecer lo liberó de sus cadenas. el cuento terminaba con la imagen del coronel rainer alejándose en el sol naciente, desdibujándose, y que yasmir o yamira se sentía al mismo tiempo —extrañamente conmovida, y dolorosamente ajena— o al revés, ya no me acuerdo, y... nosotros también nos sentíamos raros, por el cuento o por el hachís o por lo que fuese. y apagamos la luz, que al día siguiente íbamos a levantarnos temprano para el entierro, y apagamos la luz y mi hermana me abrazó, que sofía estaba enfadada y se había acurrucado de una manera inaccesible. y eso, que vera me abrazó y tenía las manos frías y temblaba, como escalofríos, y al momento se echó a llorar, lloraba en silencio y... yo la abracé y le estuve acariciando la cara y dándole besos hasta que se durmió